

*Eric Hobsbawm en Berlín, 1931-1933: la forja de un comunista**

Jesús Casquete

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea
Centro de Estudios sobre Antisemitismo, TU (Berlín)

Resumen: En su adolescencia Eric Hobsbawm residió en Berlín durante diecinueve meses. Alemania asistía entonces impotente al colapso de su primera experiencia democrática, la República de Weimar. A lo largo de toda su vida, Hobsbawm insistió siempre en que el tiempo allí transcurrido fue el más determinante en su dilatada biografía, por una sencilla razón: allí se vinculó al movimiento comunista. Este trabajo efectúa un recorrido por el clima de violencia política en la capital alemana, con las organizaciones paramilitares nazi y comunista como principales protagonistas, y la forma en que lo vivió el joven Hobsbawm desde su compromiso con la izquierda, que ya nunca habría de abandonar hasta su fallecimiento en octubre de 2012.

Palabras clave: Eric Hobsbawm, violencia política, República de Weimar, comunismo, historiografía.

Abstract: As a teenager Eric Hobsbawm lived in Berlin for 19 months. Germany underwent then with impotence the standstill of its first democratic experience, the Republic of Weimar. Throughout his life

* Este artículo forma parte de un proyecto de investigación subvencionado por la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación (HAR2011-24387), en el marco de un Grupo de Investigación de la Universidad del País Vasco (GIU 11/21). Ha sido además posible gracias a una beca de la Fundación Alexander von Humboldt. Deseo agradecer al *Zentrum für Antisemitismusforschung* de Berlín, y en particular a su directora Stefanie Schüler-Springorum, todas las facilidades prestadas para su redacción.

Hobsbawm always contended that his time in Berlín was the most important period of his long life, for one reason: there he joined the communist cause. This article delves into the climate of political violence of the time, which had two main contenders in the streets: the paramilitary groups associated with both the Nazis and the communists. But it also traces back the way the young Hobsbawm experienced its commitment with the communist cause, which he would never give up until his death in October 2012.

Keywords: Eric Hobsbawm, political violence, Republic of Weimar, Communism, Historiography.

Eric Hobsbawm el historiador, fallecido el 1 de octubre de 2012 a la edad de noventa y cinco años, resulta indescifrable sin Eric Hobsbawm el comunista, y ello no necesariamente porque su ideología entrevenase sus análisis históricos. Para admiradores y discípulos, «sus obras no eran “comunistas”, cualquiera que sea el significado que se le dé al término»¹. Sus detractores comparten la esencia de la apreciación. Niall Ferguson, por ejemplo, el reputado y no menos controvertido historiador británico situado en sus antípodas ideológicas, reconoció en un obituario «que Hobsbawm el historiador nunca fue esclavo de la doctrina marxista-leninista». Más aún, valoró su tetralogía sobre la historia mundial de los dos últimos siglos (*La era de la revolución, 1789-1848; La era del capital, 1848-1875; La era del imperio, 1875-1914, e Historia del siglo xx*) como la mejor disponible en inglés². El testimonio del hispanista John Elliott apuntala el respeto y la credibilidad de que gozaba Hobsbawm entre sus colegas:

«En 1958 —rememora— Hobsbawm me visitó en mi oficina del Trinity College, Cambridge, para preguntarme si quería formar parte del consejo editorial de *Past & Present*. Fue elocuente como de costumbre, pero en un primer momento me mostré receloso de vincularme a una revista que llevaba el subtítulo de “historia científica”. En su momento, otros dos colegas y yo [se refiere a Moses Finley y a Lawrence Stone] aceptamos for-

¹ Donald SASSOON: «Eric Hobsbawm, 1917-2012», *New Left Review*, 77 (2012), pp. 33-39, p. 39.

² Niall FERGUSON: «A truly great historian», *The Guardian*, 1 de octubre de 2012.

mar parte del comité porque simpatizábamos con los fines de la revista, aunque una de nuestras condiciones fue renunciar al subtítulo. Hobsbawm aceptó la solicitud con ecuanimidad; su preocupación fue siempre la calidad. Hubo batallas encarnizadas en las reuniones del comité, pero las diferencias nunca fueron ideológicas»³.

El nombre de Hobsbawm perdurará en la historiografía como el de un intelectual persuadido del poder explicativo de la sociedad y de la historia del método de análisis marxista. Su atención al modo en que la industrialización y el capitalismo alteraron las condiciones de vida de obreros y campesinos conforma el núcleo de la historia social que practicaron él y sus correligionarios del grupo de historiadores marxistas del Partido Comunista Británico a partir del final de la Segunda Guerra Mundial y hasta mediados de la década de 1950. En lugar de fijar la atención en los grandes hacedores de la historia, ya fuesen monarcas, políticos o papas, como era práctica habitual hasta entonces, el objeto de análisis de este grupo de historiadores serán «los de abajo» o la «gente sencilla».

Hobsbawm ha pasado a la historia como un historiador marxista y, trascendiendo la academia, como un comunista de carné durante más de medio siglo, con lo que ello implicó durante décadas de obediencia a las líneas marcadas por la central en Moscú. Pagó puntualmente su cuota al minúsculo e irrelevante Partido Comunista de Gran Bretaña desde su afiliación en 1936 hasta que se disolvió en 1991 tras el colapso del bloque soviético. No obstante, en su dilatada militancia, Hobsbawm no participó en la vida orgánica del Partido. Desde finales de la década de 1950 su filiación parece que fue más bien nominal, cual «compañero de viaje», por decirlo con sus términos. A partir de la década de 1970, sin embargo, su distanciamiento ya era manifiesto. Sus simpatías se dirigieron entonces al Partido Comunista Italiano, del que decía sentirse miembro «espiritual»⁴. De forma un tanto paradójica y contradictoria, el tránsito denota una reafirmación en su fidelidad al comunismo ortodoxo, puesto que fue un disciplinado acatador de la estrate-

³ Roy FOSTER: «Eric Hobsbawm», *Past & Present*, 218 (2013), pp. 3-15, p. 3. Los recuerdos de Elliot y de Hobsbawm coinciden en todos los pormenores. Véase Eric HOBSBAWM: *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, 2002, p. 217.

⁴ Eric HOBSBAWM: *Años interesantes...*, p. 203.

gia marcada por el estalinismo (permaneció en el Partido después de hacerse públicos los crímenes de Stalin, de la invasión soviética de Hungría en 1956 y de la invasión de Praga en 1968), pero también un cierto distanciamiento posterior, desde el momento en que abrazó la vía eurocomunista y, con ella, el compromiso entre los principios socialistas y la democracia liberal.

* * *

Para comprender su vinculación con el Partido Comunista durante más de medio siglo, tema recurrente donde los haya cuando la figura de Hobsbawm sale a colación, resultan claves los diecinueve meses que residió en Berlín entre el verano de 1931 y marzo de 1933, o sea, hasta justo después de que el ascenso de Hitler al poder el 30 de enero de ese año sellase el acta de defunción de la República de Weimar y, de paso, marcarse el camino de salida hacia Inglaterra del joven Eric. La centralidad de ese periodo en su biografía es una confesión del propio Hobsbawm en los capítulos que abren su autobiografía, *Años interesantes*, precisamente los que hablan de su tránsito por Viena y Berlín. Por cierto que la calidad literaria de esos capítulos constituye, a decir de Tony Judt, la mejor carta de presentación de un verdadero «maestro de la prosa inglesa»⁵.

Vayamos a los datos relevantes de su itinerario vital en lo que aquí nos interesa. Nacido en Alejandría en 1917 (entonces parte del Imperio Británico), Hobsbawm se trasladó muy pronto con sus progenitores a Viena, de donde era natural su madre. Su padre era de nacionalidad inglesa con raíces polacas, lo que convertía automáticamente a Hobsbawm en titular de un pasaporte británico, hecho clave para lograr sobrevivir a la barbarie nazi, él que tenía todos los boletos como joven activista comunista que era y, por añadidura,

⁵ Tony JUDT: «The Last Romantic», *The New York Review of Books*, 20 de noviembre de 2003. Recuperado de Internet <http://www.nybooks.com/articles/archives/2003/nov/20/the-last-romantic/?pagination=false>. Idéntica valoración había adelantado Perry Anderson en otra reseña de la autobiografía de Hobsbawm, al referirse a los capítulos en cuestión como «el fragmento escrito más excelso que este excelente y completo estilista haya redactado nunca». Perry ANDERSON: «The Age of E.J.H.», *London Review of Books*, vol. 24, núm. 19, 3 de octubre de 2002. Recuperado de internet <http://www.lrb.co.uk/v24/n19/perry-anderson/the-age-of-ejh>.

judío. Tras su orfandad prematura de padre y madre se trasladó a Berlín en el verano de 1931. Allí fue acogido por unos tíos suyos, y allí dio sus primeros pasos como activista político.

Su biografía es la de alguien con raíces en los dos pilares de la Europa decimonónica: los imperios británico y austro-húngaro. No es azaroso, entonces, que el periodo de especialización de Hobsbawm fuese precisamente el siglo XIX. Biografía, por cierto, atravesada por su condición judía desde que su madre le reconvino con una lección que nunca habría de olvidar: «nunca hagas nada, ni por asomo, que dé la impresión de que te avergüenzas de ser judío»⁶. Cuando llega a Berlín tenemos los ingredientes que marcarán el devenir de su larga y fructífera existencia: una primera socialización en Centroeuropa en el periodo de entreguerras, un origen judío y una incipiente, difusa, pero firme, inclinación «sentimental» hacia la izquierda⁷.

Esos diecinueve meses entre los catorce años, cuando llegó a Berlín, y los dieciséis años, al poner rumbo a Inglaterra, fueron —según confesión propia— los más decisivos de su vida⁸. Esos años de adolescencia, «cuando la pasión y el intelecto descubren el mundo real por primera vez y precisamente la experiencia vital resulta inolvidable»⁹, fueron determinantes en su trayectoria: «Los meses de mi estancia en Berlín hicieron de mí un comunista para toda la vida o, como mínimo, un hombre cuya vida perdería su carácter y su significado sin el proyecto político al que se consagró siendo un estudiante»¹⁰.

El objeto de lo que sigue será desbrozar el clima político de los años terminales de la República de Weimar, precisamente los que le tocaron vivir en primera fila a un Eric adolescente que todavía no había descubierto su vocación de historiador, pero que ya no albergaba ninguna duda acerca de su afinidad electiva al comunismo. En concreto, abundaré en la violencia política endémica en Alemania durante ese periodo, violencia manifestada con particular intensidad en la capital prusiana y del país, en Berlín.

⁶ Eric HOBBSAWM: *Años interesantes...*, p. 33.

⁷ *Ibid.*, p. 63.

⁸ *Ibid.*, p. 52.

⁹ *Ibid.*, p. 56.

¹⁰ *Ibid.*, p. 62.

Ese Berlín que definió de forma memorable en una ocasión como «una ciudad que sabía discriminar las tonterías, escéptica ante las pretensiones de superioridad social, la retórica nacionalista y el sentimentalismo»¹¹. En la parte final del trabajo detallaré las actividades políticas concretas en las que se involucró Hobsbawm durante el tiempo que residió en Berlín, poniendo de manifiesto los riesgos reales que ello acarreaba.

Antes de poner nombre a los principales actores del clima de violencia de la época, resulta oportuno ofrecer unas pinceladas acerca del contexto de la época en el momento en que Hobsbawm se instaló en Alemania. Primera variable a destacar: amplios sectores de la sociedad alemana vivieron su orgullo nacional mancillado por las consecuencias económicas (reparaciones de guerra multimillonarias), militares (reducción del ejército a 100.000 efectivos, por ejemplo) y territoriales plasmadas tras finalizar la Primera Guerra Mundial en el Tratado de Versalles (o el *Diktat* de Versalles, el «trágala» en traducción libre). Particularmente humillante fue sentida en esos sectores la atribución de la responsabilidad única de la guerra a Alemania, tal y como recogía el artículo 231 del Tratado:

«Los gobiernos aliados y asociados afirman, y Alemania acepta, la responsabilidad de Alemania y sus aliados por haber causado todos los daños y pérdidas a los cuales los gobiernos aliados y asociados se han visto sometidos como consecuencia de la guerra impuesta a ellos por la agresión de Alemania y sus aliados».

En un país con un acendrado nacionalismo, durante los años siguientes los nazis consiguieron llevar las aguas del «escarnio» de Versalles al molino de la incivilidad y el etnocidio. Segunda variable contextual, ahora de naturaleza política: los principales enemigos de la democracia «burguesa» de Weimar, nazis y comunistas, vieron aumentar sus sufragios en las sucesivas elecciones que se celebraron entre 1928 y 1932, hasta atenazar finalmente a la República a derecha y a izquierda y sellar así su acta de defunción. La República fue quedándose sin republicanos, hasta que el 30 de

¹¹ *Ibid.*, pp. 53-54.

enero de 1933 sus valedores perdieron definitivamente la partida, que no era otra que la partida de la primera experiencia de democracia en Alemania. Así, en 1928 los nazis cosecharon un 2,6 por 100 de los votos en las elecciones al Reichstag, en tanto que los comunistas lograron un 10,6 por 100; dos años más tarde los nazis obtuvieron un 18,3 por 100 de los votos, sobrepasando a los comunistas, con un 13,1 por 100; en las elecciones de julio de 1932 los nazis doblaron sus votos al 37,3 por 100, por un avance mucho más modesto de los comunistas hasta el 14,3 por 100; en las elecciones de noviembre del mismo año, los nazis bajaron al 33,1 por 100, mientras que los comunistas subieron al 16,9 por 100. Es decir, que en las últimas dos elecciones los partidos enemigos de la República sumaban alrededor del 50 por 100 de los votos en el Reichstag (cuadro 1).

CUADRO 1

*Resultados de las elecciones al Reichstag en Alemania,
1928-1932 (porcentaje)*

<i>Elecciones /partidos</i>	<i>KPD</i>	<i>NSDAP</i>	Σ <i>KPD + NSDAP</i>	<i>SPD</i>	<i>Zentrum</i>	<i>BVP</i>	<i>DDP</i>	<i>DVP</i>	<i>DNVP</i>
20-5-1928	10,6	2,6	13,2	29,8	12,1	3,1	4,9	8,7	14,2
14-9-1930	13,1	18,3	31,4	24,5	11,8	3,0	3,8	4,5	7,0
31-7-1932	14,6	37,4	52,0	21,6	12,5	3,2	1,0	1,2	5,9
6-11-1932	16,9	33,1	50,0	20,4	11,9	3,1	1,0	1,9	8,8

KPD: Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista de Alemania).

NSDAP: Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Partido Nacional-socialista Obrero Alemán).

SPD: Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania).

Zentrum: Deutsche Zentrumspartei (Partido del Centro Alemán).

BVP: Bayerische Volkspartei (Partido Popular Bávaro).

DDP: Deutsche Demokratische Partei (Partido Democrático Alemán).

DVP: Deutsche Volkspartei (Partido Popular Alemán).

DNVP: Deutschnationale Volkspartei (Partido Nacional-Popular Alemán).

Todo ello (y ésta es la tercera variable contextual a que haré referencia) en un clima de profunda crisis económica a partir del *crack* de 1929, en Alemania y en todo Occidente, que condujo a ta-

sas de desempleo escalofriantes. Cuando Hobsbawm llegó a Berlín en el verano de 1931, según las estadísticas oficiales, un 20 por 100 de la población activa del país estaba desempleada; cuando puso rumbo a Inglaterra a comienzos de 1933 era ya del 33 por 100, o seis millones si hablamos en cifras absolutas. Eso si nos fijamos en las cifras oficiales, porque las extraoficiales hablaban de un 25 y un 39,4 por 100 (o 7,8 millones), respectivamente¹².

Desde el punto de vista político, la situación en Berlín durante esos años finales de Weimar difiere sustancialmente de la del conjunto de Alemania. Por decirlo de forma telegráfica, en la capital los nazis eran considerablemente más débiles que en el resto del país; los comunistas, por el contrario, tenían allí su bastión. Berlín pasaba por ser, después de Moscú, la ciudad más roja del mundo. Así lo divulgaba la propaganda nazi, pero así también lo proclamaban con orgullo las fuerzas de izquierda cuando, impotentes tras la toma nazi del poder, proclamaban «¡Berlín seguirá roja!» («Berlín bleibt rot!»). Tres o cuatro, según la elección al Reichstag, de entre los cinco distritos electorales del país donde los comunistas lograron sus mejores resultados entre 1928 y 1932, con alrededor del 40 por 100 de los votos, eran distritos de la capital¹³.

En las elecciones al Reichstag de 1930 los nazis lograron un 14,62 por 100 de los votos; los comunistas casi el doble, un 27,29 por 100 (el primer partido de la ciudad, cinco centésimas por delante de los socialdemócratas). En las siguientes elecciones, en julio de 1932, los tres principales partidos estuvieron en un pañuelo: el NSDAP se convirtió en el principal partido de la capital con el 28,65 por 100 de los votos, seguido del SPD con un 27,34 por 100 y de los comunistas con una centésima menos que estos últimos, un 27,33 por 100. En las elecciones celebradas tres meses más tarde, el KPD fue el primer partido de forma clara, con un 31,02 por 100 de los votos, seguido de los nazis con un 25,97 por 100 y de los socialdemócratas en tercer lugar con un 23,30 por 100. La participación en todos los casos superó el 80 por 100 (cuadro 2).

¹² Jürgen FALTER, Thomas LINDENBERGER y Siegfried SCHUMANN: *Wahlen und Abstimmungen in der Weimarer Republik*, München, Beck, 1986, p. 38.

¹³ *Ibid.*, p. 128.

CUADRO 2

*Resultados electorales al Reichstag en Berlín,
1928-1932 (porcentaje)*

<i>Elecciones/ partidos</i>	<i>KPD</i>	<i>NSDAP</i>	<i>SPD</i>	<i>Zentrum</i>	<i>DDP</i>	<i>DVP</i>	<i>DNVP</i>
20-5-1928	24,65	1,57	32,90	3,31	7,90	6,44	17,74
14-9-1930	27,29	14,62	27,24	3,62	5,36	3,66	12,97
31-7-1932	27,33	28,65	27,34	4,93	1,55	0,75	8,30
6-11-1932	31,02	25,97	23,30	4,42	1,42	1,11	11,37

Fuente: Otto BÜSCH y Wolfgang HAUS: *Berlin als Hauptstadt der Weimarer Republik, 1919-1933*, Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, 1987, p. 104.

Los principales protagonistas de la violencia endémica reinante eran, por un lado, las unidades paramilitares nazis o SA y, por otro lado, los comunistas del Frente Rojo. En menor medida, también participaban en alimentar esa violencia la Reichsbanner, organización paramilitar leal a la República dominada por los socialdemócratas, y los Stahlhelm, otra organización paramilitar, en este caso de orientación conservadora y nacionalista que acabaría fagocitada por los nazis a partir de 1933. Las SA habían visto la luz en Múnich en el otoño de 1920, aunque entonces se denominaban «Sección gimnástica y deportiva del NSDAP». Nacieron con una doble encomienda: prestar servicio de orden en sus actos, y reventar los actos de sus enemigos. Al principio se trató de una organización bávara, muniquesa en concreto, pero rápidamente se extendió por todo el país, en particular a partir de la reestructuración del movimiento a principios de 1925 tras la prematura excarcelación de Hitler. El *führer* fue condenado a una pena de cárcel de cinco años por liderar el intento de golpe de Estado en Múnich el 8 y 9 de noviembre de 1923 que costó la vida a cuatro policías y a dieciséis golpistas, aunque sólo permaneció encarcelado (y no precisamente en malas condiciones; allí redactó la biblia nazi, *Mein Kampf*)¹⁴ hasta diciembre del año siguiente; trece meses en total.

¹⁴ Othmar PLÖCKINGER: *Geschichte eines Buches: Adolf Hitlers «Mein Kampf»*:

Cuando Hobsbawm llega a Berlín en 1931, el movimiento nazi está bajo la batuta del futuro ministro de propaganda, Joseph Goebbels. En esos momentos, las SA en la capital cuentan con unos 3.100 hombres; un año más tarde, en 1932, ya son 4.000¹⁵. Fuentes nazis, sin embargo, elevan las cifras considerablemente, hasta 15.000 efectivos a la altura de 1932¹⁶. Enfrente tenían al Frente Rojo. La organización comunista había sido fundada en julio de 1924 como brazo paramilitar del Partido Comunista para batirse en la calle por la revolución proletaria. Había una correlación directa entre el grado de implantación de las organizaciones políticas, los partidos, y de las paramilitares, sus fuerzas de choque. Por ello no sorprenderá que los paramilitares comunistas en Berlín sobrepasasen holgadamente en número a los nazis. Resulta imposible cuantificar los efectivos del Frente Rojo en los años en que Hobsbawm vivió en Berlín, porque fue proscrito a raíz de la celebración del 1 de mayo de 1929, el «Mayo sangriento», que ocasionó 33 muertos y más de 200 heridos a manos de la policía. No volvió a recuperar la legalidad. Lo que sí sabemos es que, a la altura de 1928, el Frente Rojo contaba con unos 11.000 efectivos sólo en la capital¹⁷.

Los nazis, en estrategia diseñada y conducida personalmente por Goebbels, habían destacado la relevancia de la conquista de la capital en la puja por hacerse con las riendas del país. En su crónica de la «lucha por Berlín», publicada originalmente en 1932, el futuro ministro de Propaganda del régimen dejó constancia expresa de la prioridad que la capital adquiere para todo movimiento político: «La lucha por la capital abre siempre un capítulo especial en la historia de los movimientos revolucionarios... Es el centro de las fuerzas políticas, espirituales, económicas y culturales del país. De ella irradia su fuerza a las provincias; ninguna ciudad, ningún pueblo permanece indiferente». A lo que añadió:

1922-1945, Múnich, Oldenbourg, 2006, y Antoine VITKINE: «*Mein Kampf*». *Histoire d'un livre*, París, Flammarion, 2009.

¹⁵ Sven REICHARDT: *Faschistische Kampfbünde. Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadrismus und in der deutschen SA*, Colonia, Böhlau, 2002, p. 271.

¹⁶ Julek Karl von ENGELBRECHTEN y Hans VOLZ: *Wir wandern durch das nationalsozialistische Berlin*, Múnich, Eher, 1937, p. 22.

¹⁷ Eve ROSENHAFT: *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence, 1929-1933*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, p. 19.

«Sólo en el transcurso posterior de la confrontación por la capital del Reich me quedó clara la grandeza de la tarea asumida. Si conquistamos Berlín para el nacionalsocialismo, entonces ganamos todo. La capital del Reich es de hecho el centro del país... Recuperar Berlín para la germanidad es una tarea histórica merecedora del mejor de los esfuerzos»¹⁸.

Sin embargo, esta estrategia presentaba un serio problema: Berlín era una ciudad de hegemonía de izquierdas, si sumamos los resultados electorales de socialdemócratas y comunistas durante los últimos años de Weimar, y de dominancia comunista al final, puesto que el KPD fue la fuerza con más votos en las últimas elecciones al Reichstag. Berlín, por lo demás, simbolizaba todo aquello que los nazis detestaban de Weimar en los órdenes político (democracia liberal, concurrencia de partidos políticos), social (cosmopolitismo y lo que hoy denominaríamos multiculturalismo) y cultural (vanguardias artísticas, emancipación femenina, vindicación del individuo, etc.; en suma, era el paraíso del «bolchevismo cultural»). Para los nazis «Weimar era Berlín, y Berlín Weimar»¹⁹. Cualquiera que fuese la esfera a la que se atendiese (política, social o cultural), los nazis se sentían en Berlín *in partibus infidelium*, en tierra de infieles. Y una poderosa razón para esa animadversión, junto a la presencia judía, era la hegemonía de las izquierdas²⁰.

Durante esos años, nazis y comunistas libraron una descarnada lucha por los votos, pero también por la conquista de la calle. Ultranacionalistas nazis e internacionalistas comunistas se batían a diario en reyertas callejeras. La violencia estaba tan extendida y su carácter era tan mimético que hasta las autoridades se referían abiertamente al clima de violencia como una guerra civil latente²¹.

¹⁸ Joseph GOEBBELS: *Kampf um Berlin. Der Anfang*, Múnich, Eher, 1932, pp. 11 y 155, resp.

¹⁹ Eric D. WEITZ: *Weimar Germany. Promise and Tragedy*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2007, p. 41.

²⁰ Según recogió Goebbels a mediados de 1931 en una entrada de su diario: «[Hitler] odia Berlín y ama Múnich». Joseph GOEBBELS: *Die Tagebücher von Joseph Goebbels, 1923-1941*, vol. 2/I, Múnich, Saur, 2005, p. 410.

²¹ Andreas WIRSCHING: *Vom Weltkrieg zum Bürgerkrieg? Politischer Extremismus in Deutschland und Frankreich 1918-1933/39*, Múnich, Oldenbourg, 1999; Dirk SCHUMANN: *Politische Gewalt in der Weimarer Republik 1918-1933. Kampf um die Strasse und Furcht vor dem Bürgerkrieg*, Essen, Klartext, 2001; Sven REICHARDT:

El movimiento político emergente que era el nazi intentaba por todos los medios a su alcance establecerse en los barrios donde las izquierdas eran dueñas de la situación. Las izquierdas, por su parte, y en particular su familia más combativa, la comunista, se esforzaban por frenar ese avance, asimismo, con todos los medios a su alcance. La consecuencia era la violencia de raíz política. El ministro de Interior, el socialdemócrata Carl Severing, reflejó en un memorándum fechado en 1929 que apenas discurre un día «en el que no se dispare, apalee o apuñale a adversarios políticos. El estado de la seguridad ciudadana ha alcanzado un deplorable punto mínimo, y descende cada día más»²².

La intensidad y regularidad de la agitación en la calle en Berlín no conocía parangón en Alemania. El transcurso del tiempo no mejoró la descripción que dibujaba el ministro. Un observador de excepción de esos años, el periodista catalán y corresponsal en Alemania Eugenio Xammar escribió a finales de 1931, esto es, con Hobsbawm recién instalado en Berlín, que «entre los dos sectores extremos de la política alemana —los nacionalsocialistas y los comunistas— hay entablada una guerra civil de nuevo tipo... La “puñalada traperera” y el balazo a quemarropa en la boca del estómago están a la orden del día»²³. Otra voz mejor acreditada para valorar el desorden civil en Berlín y Alemania durante estos años que nos ocupan es Albert Grzesinski, ministro prusiano de Interior entre 1926 y 1930 y poco después, y hasta julio de 1932, máximo responsable de la policía en la capital. En declaraciones efectuadas a un periodista danés en 1932, sostuvo: «Sí, hay que afirmarlo con rotundidad, de hecho hay una guerra civil en Alemania, una guerra civil latente»²⁴.

Los datos sobre víctimas de la violencia política en Berlín y Alemania en general son, a día de hoy, fragmentarios y han de ser leídos con cautela, aunque en sus líneas maestras resultan inequí-

Faschistische Kampfbünde..., Böhlau, 2002, y Dirk BLASIUS: *Weimars Ende. Bürgerkrieg und Politik, 1930-1933*, Fráncfort del Meno, Fischer, 2008.

²² En Gotthard JASPER: «Zur Innenpolitischen Lage in Deutschland im Herbst 1929», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 8 (3) (1960), pp. 280-289, p. 281.

²³ Eugenio XAMMAR: *Crónicas desde Berlín (1930-1936)*, Barcelona, El Acantilado, 2005, p. 50.

²⁴ Christian STIEFLER: *Kampf um die Macht. Kommunisten und Nationalsozialisten am Ende der Weimarer Republik*, Berlín, Propyläen, 1993, p. 314.

vocos. En 1931, el año de la llegada de Hobsbawm a Berlín, las autoridades computaron en la capital un total de 17 muertos y más de 400 heridos fruto de las trifulcas políticas callejeras. En la primera mitad de 1932 ya eran 14 los asesinados, y más de 600 los heridos. Desde el 21 de julio a finales de agosto se añadieron tres muertos más, además de 50 heridos²⁵.

Información algo más precisa basada en fuentes policiales, ahora relativa al conjunto de Prusia (la región más extensa y poblada de Alemania, con algo menos de 40 millones de habitantes, el 61 por 100 del país), ofrece para los meses entre enero y agosto de 1932 un total de 155 fallecidos, repartidos por meses del modo siguiente: enero, 10 muertos; febrero, 8; marzo, 11; abril, 6; mayo, 7; junio, 19; julio, 86; agosto, 8²⁶. En junio y, sobre todo, en julio, cuando la ciudadanía estaba convocada a las urnas para elegir un nuevo Reichstag, las cifras de muertos se dispararon, hasta convertir a este último mes en el más letal de la República de Weimar. Particularmente virulentos eran los domingos: el 10 de julio, 27 personas resultaron víctimas mortales de ataques violentos en todo el país, con especial intensidad en las cuencas industriales del Ruhr y del Rin, siendo gravemente heridas otras 181 personas.

El sábado 30 de julio, víspera de las elecciones al Reichstag, perdieron la vida 10 personas más, a las que hay que sumar otras 12 durante la jornada electoral²⁷. Fueron las elecciones más sangrientas de la historia de Alemania. Con este panorama, no sorprenderá que la amenaza latente de guerra civil se convirtiese en el tema central de la campaña electoral de julio de 1932. A principios de agosto, la adopción por parte del gobierno de una disposición que anunciaba el endurecimiento de las penas por delitos de naturaleza política, con la introducción de la pena capital como máxima expresión, consiguió rebajar drásticamente las cifras de muertos. Así, el períó-

²⁵ Pamela. E. SWETT: *Neighbors & Enemies. The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 235.

²⁶ Geheimes Staatsarchiv preussischer Kulturbesitz, Rep. 77, Ministerium des Innern, Tit. 4043, núm. 122, Politische Ausschreitungen und Zusammens-tösse, 1932-1933, p. 259, y *Vossische Zeitung*, 29 de septiembre de 1932, edición vespertina.

²⁷ Heinrich August WINKLER: *Weimar, 1918-1933. Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie*, Múnich, Beck, 1993, pp. 490 y 505.

dico *Tägliche Rundschau* abrió su edición del 30 de septiembre de 1932 con el siguiente titular: «La guerra civil latente amaina».

De esas 155 víctimas en Prusia, un total de 70 eran nazis, 54 comunistas, 10 Reichsbanner y socialdemócratas y 21 indeterminados. Entre el 1 de enero y el 6 de febrero de 1933, esto es, las cinco semanas anteriores al acceso de los nazis al poder y la semana siguiente a su conquista, justo antes de que Hobsbawm pusiese rumbo a Londres, en Prusia se produjeron 30 muertes, distribuidas del modo siguiente según adscripción política: 13 comunistas, nueve nazis, tres Reichsbanner, dos policías, y tres clasificados como «otros». De ellos, nueve acontecieron en Berlín, repartidos del modo siguiente: tres nazis, tres comunistas, un policía y dos «otros»²⁸.

Los casos mencionados son aquellos que arrojaron víctimas mortales, pero los que requirieron la actuación policial en la región de Prusia fueron muchos más: en 1928, la policía intervino en 318 ocasiones para restaurar el orden público; en 1929, 579 veces; en 1930, 2.494; en 1931, 2.904, y en 1932, 5.296. Los nazis habían oficiado de organizadores en 2.135 de los casos en los que actuó la policía en 1932; en 1.776 casos se trataba de comunistas; en 499 de la Reichsbanner; en 148 otras organizaciones de derechas; en 67 la organización paramilitar conservadora Stahlhelm, y en 671 casos, otros²⁹.

* * *

Todos éstos son datos suficientemente elocuentes de la violencia ambiental reinante en Berlín, Prusia y Alemania durante el periodo en que Hobsbawm residió en el país. Pero, ¿qué papel desempeñó en este escenario?; ¿en qué consistió su iniciación política que él mismo retrotrae a su estancia en Berlín durante los años en que la República de Weimar estaba herida de muerte? En el otoño de 1932 (es decir, en el tramo final de su estancia en el país), Hobsbawm empezó a colaborar con la Alianza de Estudiantes Socialis-

²⁸ Geheimes Staatsarchiv preussischer Kulturbesitz, Rep. 77, Ministerium des Innern, Tit. 4043, núm. 122, Politische Ausschreitungen und Zusammenstöße, 1932-1933, p. 461.

²⁹ *Ibid.*, p. 454.

tas (AES) (Sozialistischer Schülerbund, SSB), una organización de estudiantes de secundaria inspirada por Olga Benario fundada formalmente el 25 de octubre de 1926 y que aspiraba, según se recoge en su primer número, «a luchar contra todo retroceso y todo estancamiento»³⁰. En esos momentos, y en Berlín, la juventud antifascista contemplaba al campo comunista como el más combativo a la hora de hacer frente al movimiento nazi, por delante del socialdemócrata. Al principio, la AES aglutinaba en sus filas a socialdemócratas y comunistas, pero a finales de 1928 acabó bajo el patronazgo exclusivo del Partido Comunista Alemán³¹. Nunca atrajo a demasiados estudiantes, en cualquier caso menos que las organizaciones homólogas nazis³².

Un informe del Ministerio del Interior de Prusia fechado el 20 de febrero de 1932 incluía a la AES en un grupo de 76 organizaciones de orientación comunista que «hay que contemplar como enemigas del Estado»³³. Otro intelectual que pasó por sus filas y que alcanzó prominencia en Alemania tras el episodio nazi fue el politólogo y jurista Wolfgang Abendroth, director del trabajo de habilitación de Jürgen Habermas sobre la esfera pública burguesa

³⁰ «Aus der Redaktionsstube. Warum "Schulkampf"?,» *Der Schulkampf*, 1 de febrero de 1929.

³¹ Klaus SÜHL y Rita MEYHÖFER: «"Von der Wiege bis zur Bahre..." Die Kultur-, Freizeit- und Selbsthilfeorganisationen der sozialdemokratischen Arbeiterbewegung», en Gert-Joachim GLAESSNER, Detlef LEHNERT y Klaus SÜHL (eds.): *Studien zur Arbeiterbewegung und Arbeiterkultur in Berlin*, Berlín, Colloquium, 1989, pp. 203-236, p. 233; «Drei Jahre SSB - wir kämpfen weiter», *Der Schulkampf*, 10 de octubre de 1929, pp. 1-3.

³² Nathan STEINBERGER: «Der Sozialistische Schülerbund im Spannungsfeld von Schulreform und Schulkampf - Bericht eines ehemaligen Schülers», en Gerd RADDE et al. (eds.): *Schulreform - Kontinuitäten und Brüche. Das Versuchsfeld Berlin-Neukölln*, Opladen, Leske Budrich, 1993, pp. 223-231, p. 231.

³³ El listado de las organizaciones de izquierdas catalogadas como «enemigas del Estado» por «aspirar al derrocamiento violento de la Constitución» lo abría el KPD. El Ministerio prusiano del Interior confeccionó, asimismo, una lista de organizaciones de extrema derecha que estaba presidido por el NSDAP, las SA, las SS y las Juventudes Hitlerianas, hasta un total de veintidós organizaciones. Una consecuencia práctica de figurar en dichos listados era la imposibilidad de disponer de locales públicos para sus actividades (salas, instalaciones escolares, albergues juveniles, etc.). Después del acceso nazi al poder se mantuvo obviamente la prohibición de acceder a este tipo de locales para organizaciones de izquierdas, así como a «personas no arias». Landesarchiv Berlin, A Rep. 039-08, Nr. 11.

que le abrió las puertas de la cátedra³⁴. Para hacernos una idea de su intrascendencia histórica, baste decir que la AES ni siquiera cuenta con una entrada en Wikipedia, termómetro de tantas relevancias hoy en día. Hobsbawm se hizo comunista colaborando en 1932 con la AES en el agitado clima político de la Alemania de comienzos de la década de 1930, aunque en realidad no ingresó en el Partido hasta su llegada a Cambridge en el otoño de 1936. Por eso cuando sostiene que «no llegué al comunismo como un joven británico en Inglaterra, sino como un centroeuropeo en pleno hundimiento de la República de Weimar»³⁵, hay que entender a la AES como la puerta de entrada de Hobsbawm al movimiento al que se vinculó de por vida.

Hobsbawm fue reclutado para la AES mientras estudiaba en el instituto Prinz-Heinrich, fundado en 1890 y con ello el más antiguo del distrito de Schöneberg, por un joven algo mayor que él de nombre Rudolf Leder. En el curso académico en el que se inició en Berlín, 1931-1932, Hobsbawm era uno de sus 439 estudiantes (varones), asistidos por 27 profesores (asimismo varones) y distribuidos en 18 aulas³⁶. Con el paso del tiempo, Leder se convirtió, ya con el sobrenombre de Stephan Hermlin, en un poeta y traductor (de Neruda, sin ir más lejos) de reconocido prestigio en la RDA, además de amigo personal de Honecker. Durante los aproximadamente cinco meses en que Hobsbawm colaboró con dicha organización hasta su salida del país a finales de marzo de 1933, sus actividades fueron de dos tipos. Primero, y hasta pocos días antes de la toma del poder por los nazis el 30 de enero de 1933, Hobsbawm asistió a las reuniones de célula, al principio en el apartamento de los padres de uno de sus integrantes, después en un bar comunista cerca de donde residía en esos momentos³⁷. Los bares comunistas

³⁴ Uli SCHÖLER: «Wolf(gang) Abendroth», en Barbara STAMBOLIS (ed.): *Jugendbewegt geprägt*, Göttingen, V&R unipress, 2013, pp. 43-54, p. 53.

³⁵ ERIC HOBSBAWM: *Años interesantes...*, p. 204.

³⁶ STATISTISCHES AMT DER STADT BERLIN: *Statistisches Jahrbuch der Stadt Berlin 1933*, Berlín, Grunert, 1933, p. 150.

³⁷ En el curso de esos diecinueve meses transcurridos en Berlín cambió de domicilio en tres ocasiones, siempre en distritos de Berlín Oeste, más burgués que su parte oriental, tal y como por lo demás correspondía a su condición social. Primero residió en Wilmersdorf, en la calle Aschaffenburg; luego en el barrio de Lichterfelde, en el distrito de Steglitz, y por fin en la zona de Halensee,

son una institución clave a la hora de adentrarse en el estudio de la cultura obrera de cualquier época y, en lo que aquí nos afecta, también de la República de Weimar. Hobsbawm lo señala como historiador que miró a la antropología con particular querencia de entre todas las ciencias sociales:

«La historia de los inicios de los movimientos obreros alemán y francés... puede escribirse en gran medida estudiando los bares, en cuyas salas abiertas al público se reunían los camaradas para alzar un vaso de vino o (como por ejemplo en Berlín) de cerveza y brindar, mientras que las reuniones más serias se celebraban alrededor de la mesa en las salas interiores»³⁸.

Los bares eran espacios de sociabilidad de las diferentes organizaciones sectoriales ligadas al Partido (de carácter juvenil, recreativo, paramilitar, cultural, etc.), pero también los lugares donde se preparaban los ataques violentos contra los nazis. El perfil del militante comunista de esos años era el de un joven varón, desempleado y domiciliado en viviendas diminutas y sobresaturadas. Las inclemencias meteorológicas reinantes durante gran parte del año, con posibilidades limitadas de actividades al aire libre, convirtieron los bares en válvulas de escape. A la altura de septiembre de 1932, en Berlín se contaban unos 365 locales de ese tipo vinculados al Partido Comunista³⁹.

en el distrito de Charlottenburg (*ibid.*, pp. 51, 65 y 71). No es accidental el hecho de que Charlottenburg y Wilmersdorf fuesen dos de los distritos de Berlín con un mayor grado de asentamiento de judíos. De sus 160.564 habitantes de esa adscripción según el censo de 1933 (un 3,8 por 100 del total de la población de la ciudad, un 0,5 por 100 menos que en el censo de 1925), Wilmersdorf acogía a 26.607 judíos (un 16,6 por 100 de todos los judíos de la ciudad, y un 13,5 por 100 de los habitantes del distrito) y Charlottenburg a 27.013 (un 16,8 y un 7,9 por 100, respectivamente) (STATISTISCHES AMT DER STADT BERLIN: *Statistisches Jahrbuch der Stadt Berlin 1932*, Berlín, Grunert, 1932, pp. 7 y 9, y *1934*, pp. 10-11). En las dos elecciones al Reichstag que se celebraron mientras Hobsbawm vivió en Berlín, las de julio y las de noviembre de 1932 (las de marzo de 1933 ya no se celebraron en condiciones democráticas), en esos tres distritos los nazis fueron la primera fuerza con holgada distancia respecto a la segunda fuerza, que en los tres casos fue el SPD, y a la tercera, el KPD (Otto BÜSCH y Wolfgang HAUS: *Berliner Demokratie...*, pp. 402, 414 y 432).

³⁸ Eric HOBBSAWM: *Años interesantes...*, p. 71.

³⁹ Landesarchiv Berlin, A Pr. Br. Rep. 030, núm. 164, pp. 343-347.

Los nazis, por lo demás, también disponían de sus propios locales, los *Sturmlokale*. Su estudio equivale al estudio del despliegue nazi en la capital y al aumento exponencial de la violencia. Su incremento, en no pocos casos instalándose en entornos de hegemonía comunista, es fiel reflejo del crecimiento vertiginoso de los nazis en los años terminales de la República de Weimar. Si en 1928 había 22 locales de esta naturaleza, según la crónica oficiosa de las SA en Berlín⁴⁰, a finales de 1931 ya eran 107 según fuentes policíacas, o 150 si hacemos caso a fuentes contemporáneas⁴¹.

El despliegue de bares nazis en barrios obreros era respondido sistemáticamente y de inmediato por los comunistas, quienes trataban de impedirlo por todos los medios en territorios sentidos como propios. El suyo era un marco de autodefensa y de lucha por la preservación del espacio. La hoja volante difundida en Moabit, en el distrito de Wedding, en vísperas de la celebración del primero de mayo de 1931 resulta bien ilustrativa (y representativa) de cuán lejos estaban dispuestos a llegar los comunistas por impedir el avance nazi. Apuntando directamente a los *Sturmlokale* y sus parroquianos como objetos de violencia, la nota decía así:

«Desde hace unos días los Hitler-Nazis [*sic*] se han instalado en el hasta hace poco tranquilo Schwindelschweiz [un conjunto de calles dentro del distrito de Wedding]. Tienen su sede en el local Klotzsche, en la calle Hutten n° 23. Trabajadores, ¡no os dejéis embaucar por las bendiciones del “Tercer Reich”, que hasta ahora han matado a 115 currelas! ¡Dadles la respuesta adecuada! ¡Cazadlos a pares y expulsadlos de vuestro barrio obrero! ¡Agrupaos bajo la dirección del Partido Comunista, el único que combate el fascismo, en un frente de lucha antifascista contra el fascismo asesino!»⁴².

La segunda actividad en la que se implicó Hobsbawm como joven militante comunista de la AES entrañaba, que duda cabe, ries-

⁴⁰ Julek Karl von ENGELBRECHTEN: *Eine braune Armee entsteht. Die Geschichte der Berlin-Brandenburger SA*, Múnich-Berlin, Eher, 1937, pp. 85-86.

⁴¹ Sven REICHARDT: *Faschistische Kampfbünde...*, p. 125, y Bernhard SAUER: «Goebbels ‘Rabauken’. Zur Geschichte der SA in Berlin-Brandenburg», *Berlin in Geschichte und Gegenwart. Jahrbuch des Landesarchiv Berlin*, 2006, pp. 107-164, p. 118.

⁴² Landesarchiv Berlin, A Rep. 358-01, núm. 516.

gos más serios, por el tipo de actividad en sí, pero también por el momento en que la practicó. Ya con Hitler nombrado canciller, participó en el reparto de propaganda electoral del Partido Comunista con vistas a los comicios al Reichstag del 5 de marzo de 1933. Dichas elecciones discurrieron con concurrencia plural formal de partidos, pero ya bajo un clima de amenaza y violencia incontenida e impune por parte de los nazis. El reparto de propaganda a domicilio en el que participó Hobsbawm era una tarea a menudo encomendada a las juventudes del Partido. Consistía en introducir folletos electorales por la ranura de las viviendas, puerta por puerta, arrancando en los pisos más altos hasta llegar al portal. En absoluto fantasea Hobsbawm cuando afirma que «existía un peligro real suficiente como para que sintiéramos verdadero miedo»⁴³.

En abril de 1933, esto es, un mes aproximadamente después de los hechos que narra Hobsbawm, en Prusia había unas 25.000 personas sometidas a «detención cautelar» por actividades o trayectorias como la del joven Eric, un buen número de ellas retenidas sin garantías judiciales de ningún género en «locales salvajes», muchos de ellos Sturmlokale de las SA. En el conjunto del país la cifra para ese mismo mes se elevaba hasta los 50.000 detenidos, sobre todo socialdemócratas, comunistas y sindicalistas, aunque fuentes comunistas hablaban de más de 200.000 personas⁴⁴. «¿Que habría ocurrido, se pregunta Hobsbawm, si se hubiera abierto una puerta con un rostro hostil, si hubiera bajado un camisa parda por la escalera, si hubieran bloqueado las salidas a la calle?»⁴⁵. Sin ánimo de dramatizar, la distribución de propaganda comunista podría haberle acarreado una suerte parecida a la de Herbert Norkus, un miembro de las Juventudes Hitlerianas que resultó muerto a manos de comunistas en enero de 1932 cuando depositaba propaganda nazi en las viviendas de un barrio obrero en la misma capital. Norkus fue glo-

⁴³ Eric HOBSBAWM: *Años interesantes...*, p. 202.

⁴⁴ Daniel SIEMENS: «Gewalt, Gemeinschaft, Inszenierung: Zur Geschichte der Sturmabteilung (SA) der NSDAP», en Stephanie BECKER y Christoph STUDDT (eds.): «Und sie werden nicht mehr frei sein ihr ganzes Leben». *Funktion und Stellenwert der NSDAP, ihrer Gliederungen und angeschlossenen Verbände im «Dritten Reich»*, Münster, LIT, 2013, pp. 49-68, p. 54.

⁴⁵ Eric HOBSBAWM: *Años interesantes...*, p. 79.

rificado y elevado a la categoría del mártir o «testigo de sangre» por excelencia de las Juventudes Hitlerianas.

Entre una y otra actividad dotadas de cierta continuidad, esto es, la participación en reuniones de célula de la AES y el reparto de propaganda a domicilio, hay dos hechos puntuales más que formaron parte del compromiso incipiente de Hobsbawm durante esas semanas finales de Weimar. Uno tuvo lugar inmediatamente antes de la toma del poder por Hitler, el otro justo después.

El 25 de enero de 1933, a las puertas de que Hitler fuese nombrado canciller, Hobsbawm participó en la última manifestación de masas organizada por el Partido Comunista antes de que sus cuadros dirigentes llenasen los «lugares salvajes» de detención, los campos de concentración o, en fin, pusiesen rumbo al exilio. Bajo un frío extremo y tras horas de marcha (la convocatoria fijó su inicio a las 14:30, y se prolongó hasta más allá de las 20:00), las veinticuatro columnas de manifestantes procedentes de diferentes barrios de la ciudad convergieron ante la sede del KPD en el centro de la ciudad en lo que entonces se llamaba la plaza Bülow, durante el Tercer Reich fue la plaza Horst Wessel y hoy es la plaza Rosa Luxemburgo⁴⁶. Se trataba de una manifestación de respuesta a otra organizada por los nazis en domingo tres días antes y con final en idéntico escenario, la plaza Bülow, con el beneplácito de la policía. «No es un acto de buena voluntad —advertía en su edición vesp-

⁴⁶ Horst Wessel fue un joven dirigente de las SA en Berlín asesinado a manos de comunistas a principios de 1930. Se convirtió en el mártir por excelencia del movimiento, con lo que ello significaba de proliferación de lugares de memoria en su honor. Una canción por él escrita se convirtió en el segundo himno del régimen. Jay W. BAIRD: *To Die for Germany. Heroes in the Nazi Pantheon*, Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press, 1990; Jesús CASQUETE: «Sobre tumbas pero avanzamos». Horst Wessel y el troquel martirial en el nacionalsocialismo», en Jesús CASQUETE y Rafael CRUZ (eds.): *Políticas de la muerte: usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Madrid, La Catarata, 2009, pp. 171-213; íd.: «Martyr Construction and the Politics of Death in National Socialism», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 10 (3-4), 2009, pp. 265-283; íd.: «La importancia de llamarse Horst: modernización, germanidad y nombres de pila en la Alemania nazi», en Ignacio SÁNCHEZ DE LA YNCERA y Marta RODRÍGUEZ FOUZ (eds.): *Dialécticas de la postsecularidad*, Barcelona, Anthropos, 2012, pp. 377-406; Daniel SIEMENS: *Horst Wessel. Tod und Verklärung eines Nationalsozialisten*, Múnich, Siedler, 2009, y Manfred GAILUS y Daniel SIEMENS (eds.): *Hass und Begeisterung bilden Spalier». Die politische Autobiographie von Horst Wessel*, Berlín, be.bra Verlag, 2011.

tina del 20 de enero el *Vossische Zeitung*, el mismo que se leía en casa de Hobsbawm— que los nacionalsocialistas quieran congregarse bajo las ventanas de los comunistas». Y advertían: «Tampoco es un gesto de sensatez del gobierno conceder la autorización policial para congregarse en esa plaza».

Según la crónica de ese mismo periódico (26 de enero de 1933, edición matinal), en la manifestación comunista participaron más de 30.000 personas sin altercados mayores, aunque fuentes comunistas elevaban la cifra hasta 130.000⁴⁷. No hubo intervenciones de ninguno de los líderes del Partido allí presentes, como Ernst Thälmann o Walter Ulbricht. Pese a lo difuso de sus recuerdos de esta manifestación, Hobsbawm sí que retuvo vivamente haber cantado varias canciones que enumera en su autobiografía. Se trataba de la *Internacional*, de la canción de guerra del campesino *Des Geysers schwarzer Haufen*, de la canción del Frente Rojo *Der kleine Trompeter*, del himno de la aviación soviética *Dem Morgenrot entgegen*, de *Der rote Wedding* del compositor Hanns Eisler (quien, ya en el exilio, enseñó en la misma universidad en la que Hobsbawm acabaría enseñando un semestre al año entre 1984 y 1997, en la New School de Nueva York, y cuyo hijo, el pintor Georg Eisler, se convirtió muchos años después en el mejor amigo de Hobsbawm) y de la canción del movimiento obrero (también del SPD) *Brüder zur Sonne zur Freiheit*. Hobsbawm se sumó al canto y se sumió en lo que denomina una sensación de «éxtasis en masa». A la luz de sus memorias, no parece que su participación le crease problema alguno, pero de hecho los hubo. La crónica recién mencionada del *Vossische Zeitung* se refiere a la intervención policial con porras contra una columna de unas mil personas por corear canciones prohibidas.

Una vez que los nazis se hicieron con las riendas del poder, Hobsbawm protagonizó una acción con un alto riesgo de consecuencias asimismo potencialmente impredecibles. El 27 de febrero el Reichstag fue pasto de las llamas. Al día siguiente el gobierno dictó el decreto-ley sobre la seguridad del pueblo y del Estado, que acarreaba la suspensión de las libertades de expresión, asociación y prensa, así como de la inviolabilidad de los servicios de teléfono y

⁴⁷ <http://www.die-linke.de/partei/organe/karlliebknechthaus/diegeschichtedeskarlliebknechthaus/>.

de correo. El decreto también dejaba las manos libres a las regiones para preservar el orden público. El encargado en Prusia de esa tarea era Hermann Göring, que a esas alturas ya había puesto cerco a los considerados como «enemigos» del régimen. En una tesitura tal, la célula de la AES en la que militaba Hobsbawm decidió trasladar una multicopista a su domicilio, la misma de la que Hobsbawm especula se podrían haber salido los últimos números del órgano de la AES. Los camaradas pensaron, con buen criterio, que un súbdito británico corría menos riesgos en caso de ser localizada por la policía o, lo que equivalía a lo mismo, por las fuerzas auxiliares integradas por miembros de las SA. La guardó debajo de su cama durante varias semanas, sin llegar a ser usada, hasta que alguien se hizo cargo de ella.

* * *

Desde que su figura como historiador e intelectual comprometido con los problemas de su tiempo adquirió relevancia pública en la década de 1960, a Hobsbawm le ha perseguido un fantasma: el fantasma de haber seguido afiliado al Partido Comunista de Gran Bretaña hasta su disolución en 1991. Tuvo que responder a esa cuestión en infinidad de entrevistas. «¿Por qué siguió usted militando en un partido en la órbita soviética tras hacerse públicos los crímenes del estalinismo, después de la invasión de Hungría y de la de Praga?», le insistían una y otra vez. Fue una constante que le acompañó durante las últimas décadas de su vida. «El sueño de la Revolución de Octubre permanece todavía en algún rincón de mi interior», confiesa en su autobiografía⁴⁸. Es la declaración de un nostálgico que se aferra a sus ilusiones de juventud para explicar su trayectoria.

Nunca quiso abandonar ese barco, argumentando que «hay clubs de los que no me gustaría formar parte», refiriéndose no tanto al club de los excomunistas, como un tanto tendenciosamente hace Judt en una reseña a la autobiografía de Hobsbawm⁴⁹, sino

⁴⁸ Eric HOBSBAWM: *Años interesantes...*, p. 62.

⁴⁹ Neal ASCHERSON: «The Age of Hobsbawm», *The Independent on Sunday*, 2 de octubre de 1994, y Tony JUDT: «The Last Romantic...».

más bien al de los excomunistas tornados anticomunistas: «me repelió siempre la idea de estar en compañía de esos excomunistas que se transformaron en anti-comunistas fanáticos»⁵⁰. Hobsbawm pasa por alto la amplia gama de grises que hay entre su opción personal, marcada por una lealtad a prueba de genocidios e invasiones, y la del otro extremo, digamos, por ejemplo, que de un François Furet. Valgan de prueba las trayectorias de algunos de sus antiguos compañeros del grupo de historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña, como la de E. P. Thompson, que abandonó el Partido tras la invasión soviética de Hungría pero siempre permaneció en el campo de la izquierda y del pacifismo.

A lo largo de este trabajo espero haber arrojado la luz necesaria para mejor comprender la trayectoria de alguien como Hobsbawm, que vio la cara y sufrió al fascismo en su versión nazi:

«Para una persona —argumenta— que se integró en el movimiento desde donde yo lo hice y cuando yo lo hice, romper con el Partido resultaba sencillamente más difícil que para los que ingresaron más tarde en él o lo hicieron desde otro lugar»⁵¹.

Su lugar fue Berlín y *su* momento los años finales de la República de Weimar.

⁵⁰ Eric HOBBSAWM: *Años interesantes...*, p. 204.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 204-205.